

BOTICAS MONASTICAS BENEDICTINAS

POR

RAFAEL DE LIZARRAGA LECUE

A pesar de lo sugestivo que es el tema de las Boticas Monásticas, no se ha hecho un estudio sistemático de las mismas, quedando un vacío que llenar en la Historia General de la Farmacia. Es sugestivo el tema, tanto por el relieve singular que alcanzaron algunas de las figuras de los monjes boticarios, como por la importancia de los restos — en algunos casos extraordinaria —, que nos permiten admirar lo suntuoso de sus instalaciones.

El tema es difícil, en primer lugar, por su variedad y amplitud, pues fueron muchísimos los monasterios y conventos de muy diversas Ordenes Religiosas que instalaron en sus recintos tales Boticas; y en segundo, porque por todos, sin excepción, pasó feroz el azote de la exclaustación, con los subsiguientes años de abandono y desolación, que rompiendo la continuidad de su vida, destruyeron o dispersaron el material de estudio — botamen, mobiliario, bibliotecas, utensilios —, dificultando o imposibilitando su identificación; aparte de que en las memorias o crónicas de los Monasterios se relatan, es claro, las efemérides gloriosas de sus jornadas, los hechos y obras de marcada notoriedad de sus grandes Abades, siendo nulas o pocas las noticias de estos menesteres cotidianos, callados, que en el manso fluir de la vida de los claustros se desarrollaría en aquellas recoletas Boticas y huertos monacales.

El monje medieval cuida amorosamente el trozo que en la huerta del Monasterio tiene reservado para el cultivo de las plantas medicinales: estudia su recolección, sus propiedades curativas y extrae los simples con los que confeccionará los compuestos — pócimas — que guardará en una habitación cercana — el pocionario —; vive en una casita en el jardín, el «domus medicorum» del plano de San Gall, que en los Monasterios castellanos se llama «alfagen»; al lado se hallaría el «minutorio», donde se

practica la sangría, a cuya entrada, en algún Monasterio, se leía: «Aquí se quita a los hermanos el exceso de sangre». Una ley eclesiástica obligaba a los monjes a la sangría periódica, que se verificaba con un ceremonial complicado, previas unas oraciones «pro minuendis» y la bendición del Abad; tuvo gran importancia en los Monasterios, en la Edad Media, el Hermano llamado «rasor et minor», que es el que practicaba la tonsura y la sangría, que luego se llamará barbero-sangrador. No hay que olvidar que la sangría fue uno de los pilares de la Medicina medieval, practicada desde la más remota antigüedad, ya en la tradición hipocrática y galénica, estando muy en boga en las escuelas médicas árabes y salernitana.

Estos monjes herbolarios son los que, fruto de su diaria experiencia, comienzan a redactar los «hortuli», «horti» y «hortus sanitatis», más por motivo práctico que científico, pero preciosos para el estudio de la Historia de la Botánica (1); eran una especie de formularios para aleccionar a los monjes y enseñarles la elección, cultivo y recolección de plantas medicinales, algunos con dibujos y miniaturas. Ya en el siglo XV empiezan a imprimirse, siendo hoy preciosas rarezas bibliográficas.

Al mismo tiempo, en el «scriptorium» se copia e ilumina infatigablemente a Hipócrates, Galeno, Dioscórides, Plinio, Celso, Isidoro: los monjes beben en las mejores fuentes.

Toda esta etapa medieval queda lejana y superada por los monjes y Boticas que vamos a estudiar. En lugar de los «posicionarios» nos vamos a encontrar con magníficas, espléndidas Boticas, con despacho, laboratorio, almacén, etc. Los huertos monacales se convierten en Jardines Botánicos —éstos son creación del Renacimiento— con costosas instalaciones e invernaderos para plantas delicadas, raras y exóticas. Los monjes medievales, que con conocimientos empíricos regentaban las Boticas, van a ser monjes que han pasado por la universidad, siendo algunos distinguidos naturalistas, en especial botánicos. Las reducidas librerías médicas son luego extraordinarias bibliotecas que abarcan Ciencias Naturales, Químicas, Medicina, Farmacia, que nos hablan de la amplia cultura y preparación de los monjes boticarios.

(1) El *Hortuli*, de Walafrido Estrabón (muerto en 849), describe en hexámetros latinos las plantas del jardín de su Abadía.

Existe en el Monasterio de Silos un ejemplar del *Ortus Sanitatis*, 1517, —versión Joanne Cuba—. Según Castiglioni, es la versión más bella y apreciada.

Cuando la exclaustración del año 1855, los Monasterios Benedictinos españoles se hallan agrupados en dos grandes Congregaciones: la de San Benito el Real de Valladolid y la Tarraconense; los estudiados por nosotros son todos de la primera, que agrupaba 43 Abadías. En el Museo de Valladolid puede verse en la sillería del coro tallado por Andrés de Nájera que procede de San Benito el Real, los escudos de esas 43 Abadías; la publicación de dichos escudos sería muy interesante para identificar piezas cerámicas.

Para estos estudios no hay fondos bibliográficos en que apoyarse; aparte de los trabajos de Domingo Jimeno, Rafael Roldán, Daniel Aldeguer, Luis R. Pazos, Ilmo. Luis Alonso Muñoyerro, Vegas Fabián, no tenemos noticias de quién ha tratado este tema; en la Historia de Medicina y Farmacia ocupa muy pocas líneas.

Santa María la Real de Nájera

Motiva su fundación un hecho que aparece envuelto en poética leyenda. Caza el Rey a orillas del Najerilla, y al cruzar el aire una paloma, suelta el azor y ambas aves penetran en una cueva; las sigue el Rey, y en el fondo de la misma se encuentra con una imagen de la Virgen, colocada en un nicho al que envuelve celestial resplandor, y a sus pies un gran jarrón de azucenas y las dos aves que se arrullan amigablemente. Allí mismo promete levantar un gran Monasterio, y el acta de fundación, fechada el 12 de diciembre de 1052, comienza así: «En el nombre de la Trinidad Santa e indivisa, he determinado levantar junto a Nájera, con toda magnificencia, una iglesia y monasterio para honra de la Madre de Dios...». La firma Don García, el hijo de Don Sancho el Mayor de Navarra.

En el año 1895 se hicieron cargo del Monasterio, en estado ya ruinoso, los PP. Franciscanos, que lo han restaurado.

La Botica de este Monasterio creemos que es la única que ha llegado completa a nuestros días; sin embargo, son muy pocas las noticias que de ella hemos encontrado. Hace excepción en cuanto a su emplazamiento, pues, por regla general, las que se han localizado se hallan en la puerta principal y con una puerta o ventana al exterior para el despacho del pueblo. Esta de Nájera se instala en un palacio cercano al Monasterio, separado de él por una calle.

A primeros del siglo XVIII la cámara abacial se hallaba

situada dentro del recinto monasterial, en el lugar que hoy ocupa la Biblioteca de los Padres Franciscanos; consta que en dicha cámara estuvo alojada la Reina María Luisa de Saboya y Orleans, esposa de Felipe V, esperando el final de la Guerra de Sucesión (final de 1710 y comienzo de 1711); a mediados de siglo —como lo denota la traza arquitectónica del edificio— se construye un palacio para residencia del Abad, y en sus bajos se instala la Botica. Monasterio y palacio se unen por un puente —cordón umbilical— que voltea por encima de la calle —callejón de las Viudas—.

¿Es la primera Botica o hubo otra anterior? Nos va a contestar investigador tan concienzudo y erudito como D. Constantino Garrán, cronista de la Rioja, ya fallecido, que dice:

«...ni en los cronistas, ni en los muchos papeles de cuentas de aquella Real Casa que han pasado por mis manos, he hallado jamás referencia ni dato alguno relacionado con dicha Botica, ni en toda la grandiosa planta de la Abadía señaló nadie sitio alguno que tuviera la más mínima conexión con tal oficina, su despacho, su laboratorio, etc., como se señalan el granero, la bodega y otras» (2).

La primera referencia que hallamos es corta, pero muy interesante, por la categoría del personaje que la consigna, que es nada menos que D. Gaspar Melchor de Jovellanos (3).

Vamos a ir en su compañía desde que entra en la Rioja el 26 de abril de 1795, y tan buen guía, observador y detallista nos hará fijar en cosas de interés.

El día 6 de mayo, en Haro, se encuentra con D. Jerónimo Mas (4), con quien pasea y platica con gusto; parece dispuesto

(2) Fragmento de una carta de D. Constantino Garrán al monje monegasco Fray Conrado Aixelá, contestando a la consulta que le hizo, a instancia del Sr. Cusi (16-I-1928).

(3) El año 1789 recibe Jovellanos una Real Orden en la que le comisionan para el estudio de las posibilidades de las minas de su país e informe sobre ello, y comienza la redacción de sus Diarios, que es un arsenal inagotable de noticias de todos órdenes; comprende de 1790 a 1801, en que es detenido y desterrado a Mallorca. Estos *Diarios*, que fueron extractados por Cea Bermúdez, no se han publicado íntegros hasta el año 1915, en edición costeada por D. Fortunato Selgas y Albuerne.

(4) Don Jerónimo Mas fue un distinguido profesor del Real Seminario de Vergara. En su comienzo explicó Matemáticas, pero al quedar vacantes las cátedras de Física y Química por abandono sucesivo de Proust, Chabaneau y Fausto Elhúyar, explicó dichas disciplinas, después de seguir en París cursos químicos, pensionado por la Real Sociedad, con Lavoissier, Fourcroy, Lefèvre y Dambenton.

a ir a enseñar a Asturias. El día 9 visita en los alrededores de Haro una alfarería de un tal ¿Agueda o Agreda?, del que dice:

«...conócese que hizo varias pruebas para mejorar este arte y aun imitar la loza de Bristol; sus barros son soberbios de blanco y finos, pero en general todo imperfecto; mejor me parecieron unos botes de botica de baño blanco con alguna pintura azul y amarillo, todo bien unido y acabado».

Por este dato nos enteramos de esta nueva manufactura de loza farmacéutica, que nos servirá para identificar los botes.

Hallándose en Logroño, adquiere en una librería

«la obra de Feijóo y la *Nueva Farmacopea*» (5).

El lunes día 18 de mayo llega a la ciudad de Nájera, donde va a ser huésped distinguido del P. Abad, y el mismo día de su llegada, gracias a un oportuno chaparrón, visita la Botica.

«A paseo; llueve: nos refugiamos en la Botica: buena, bella botería de loza y vidrio, y al parecer buen surtido de drogas; dos jardincitos con algunas plantas exóticas y hierbas medicinales».

La «bella botería de loza», que dice Jovellanos, es una colección de cerca de 400 piezas ornamentada con las armas de la Abadía, en que se ve el jarrón de azucenas que recuerda la leyenda que motivó su fundación.

Los albarelos y orzas (6) no tienen en su contorno la belleza de línea de las piezas talaveranas o catalanas de la época, ni el azul es ese azul desvaído, difuminado, tan suave, de Talavera, por lo que creemos acertada la tesis del Sr. Garrán, que las cree de la misma Rioja y del mismo horno de Agreda (?), basándose en el texto de Jovellanos en su visita al alfar de Haro. En efecto, los botes son toscos y rudimentarios y tienen esos colores que vio Jovellanos. También lo cree así el Sr Cusi, aduciendo además que los tuvo expuestos, junto con sus específicos, en una Exposición de Farmacia de París, poco tiempo

(5) No existe ninguna con este nombre; suponemos aludirá a la *Pharmacopea Hispana*, que se publicó en 1794, que es la primera por la que se empieza a contar como Código oficial en las Boticas. Hubo dos anteriores que se llamaron *Matritenses*.

(6) «...botes cilíndricos y ovales de barro barnizado», dice el acta notarial.

después de adquirida la Botica, y parece que los botes pasaron completamente desapercibidos.

Hasta el momento de la exclaustación nada sabemos de la Botica. Cuando los monjes abandonaron el Monasterio, el monje boticario es Fray Benito Gil, que traslada la Botica a una casa de la calle de San Marcial que era propiedad del Monasterio y que estaba a nombre de su sobrino Fray Domingo de Silos Gete —ambos Padres eran naturales de Santo Domingo de Silos—; en el nuevo domicilio siguió ejerciendo el P. Benito hasta su muerte —no hemos podido precisar la fecha—, en que casa y Botica las hereda un sobrino suyo, boticario seglar, D. Lino Gil; a la muerte de éste, hereda la Botica su hija D.^a Benita, casada con el boticario D. Vicente Mínguez; y este matrimonio, en noviembre de 1921, vende la Botica «con todos los efectos de valor histórico» (7) al Sr. D. Joaquín Cusi Fortunez (8). No pudo ir a parar a mejores manos: el Sr. Cusi verdadero prócer de la profesión, enamorado de la faceta histórica, con la base de la Botica monasterial ha instalado en Masnou (Barcelona) un Museo de Farmacia y Medicina.

Jovellanos parece que quedó contento de la hospitalidad benedictina, pues demoró la salida más de lo previsto. La víspera de su salida de Nájera, paseando con el P. Abad en la huerta del Monasterio, hace un elogio de planta tan típica en la Rioja como es el pimiento, cuando vio «grandes eras preparadas para el pimiento y grandes semilleros para ellos; en toda la Rioja hay gran furor por esta hortaliza; los de Fuenmayor son los mejores por su tamaño y dulzura; los de aquí, más carnosos». Nos despedimos de Jovellanos, al que volveremos a encontrar en San Millán de la Cogolla.

Cuando la Botica se trasladó a la calle de San Marcial, en sus locales se instaló la cárcel del Partido, y en la Cámara Abacial, el Juzgado de Primera Instancia, donde actualmente continúan. El puente que volteando la calle unía Monasterio y palacete, se destruyó. viéndose hoy en día el arranque del arco en el muro monasterial, y precisamente debajo del puente está la puerta enrejada con su ventanillo para el despacho de enfermos no pudientes de Nájera y pueblos de alrededor. El Jardín Botánico se hallaba en la parte opuesta a la entrada principal del

(7) Así dice el acta notarial.

(8) A su cortesía debemos datos y fotografías, sin los cuales no hubiésemos podido realizar este trabajo.

palacio; delante de éste había una cerca que cerraba un patio; desaparecida la cerca, es hoy parte de la Plaza Consistorial.

«...y en edificio separado (de la Casa Ayuntamiento), una cárcel sólida, capaz y bien ventilada, con entrada por la misma plaza; este local sirvió de botica y habitación a los monjes de Santa María y en 1809 fue concedida por el Gobierno a la ciudad para aquel destino» (9).

De la antigua Biblioteca de la Botica posee el Sr. Cusi las siguientes obras, adquiridas al mismo tiempo:

Pharmacopea Dogmaticorum, de Quercetano, 1607.

Pharmacopee Universelle, de Lemery, 1754.

Codex Medicamentarius, Editio Quinta, 1758.

Pharmacopoeia Matritensis, Ed. sec., 1762.

Pharmacopea Hispana, Editio Cuarta, 1817.

Explicación de la Naturaleza, Principios, Virtudes, Usos y Dosis de las Preparaciones y Composiciones de la Farmacopea Española, por José María de la Paz Rodríguez, 1807.

San Millán de la Cogolla

En el valle riojano de la Cogolla, aromado de santidad por San Millán en el siglo VI, se levantaron dos insignes Monasterios. En lo alto, en la ladera, el de Suso, y en el llano, el de Yuso. Es el valle que cantó el candoroso y amable Gonzalo de Berceo.

Avie hy grant abondo de buenas erboledas,
Mylgranos e figueras, peros e manzanedas.

Después de la salida de los Benedictinos en 1855, lo ocuparon los Agustinos Recoletos el año 1878.

Tenemos noticia exacta del emplazamiento e instalación de la Botica. Se instala durante el gobierno del P. Abad Fray Diego Malo, que rigió el Monasterio de 1665 a 1669; unas Memorias dicen que

«gastó en hacer los repartimientos de la Casa de la Botica y comprar lo necesario para ordenarla y proveerla de medicinas que se gastaban de afuera».

(9) Pascual Madoz —*Diccionario*—. Madrid. Imprenta del Diccionario. 1845-1850. Tomo XII, página 15.

Se emplazó en una sala de la planta baja, en la entrada principal; es una sala de 8 metros de larga por 6 y medio de ancha, y a todo lo largo de sus paredes corren todavía siete filas de baldas formando una gran anaquelera hecha de mampostería. La puerta principal es por un patio interior, y en frente de ésta se halla una gran ventana que da a la plaza que forma la entrada principal del Monasterio y la entrada de la Iglesia. Dicha ventana está enrejada, con un ventanillo para el despacho de medicinas al pueblo. En dicha sala se ve una puerta que daba a la vivienda del monje boticario.

Nuevamente va a ser D. Gaspar Melchor de Jovellanos quien nos va a dar noticias de la Botica. Le dejamos en Nájera el día 23 de mayo de 1795. Ese día para las 9 y media de la mañana ya se halla a las puertas del Monasterio de San Millán (10). Los tres días de su estancia los dedica a una visita detenida que relata con minuciosidad, en especial, dadas sus aficiones, la Biblioteca y el Archivo, y el mismo día de su marcha, martes, 26, visita la Botica

«bien asistida con mucha y buena redomería de barro y vidrio de todos los tamaños y formas».

De esta «buena redomería de barro» quedan unas cuantas piezas en la Botica del pueblo de San Millán. Publicamos un dibujo en el que se ve el perfil típico de albarello y el rótulo en las águilas bicéfalas, tan comunes en la ornamentación de botes de la época. Nos ha extrañado que no tengan el escudo de la Abadía, pues los botes que conocemos identificados —San Benito el Real, Silos, Samos, Nájera—, todos llevan su escudo particular, por lo que creímos sería general en los Monasterios Benedictinos, pero vemos que no; y lo creímos porque no hemos visto botes con el escudo general de la Orden Benedictina, como conocemos muchísimos de otras Ordenes —del Carmen, de la Merced, de la Compañía de Jesús, de los Jerónimos— que llevan el escudo de su Orden. ¿Será que los de la Cogolla son más antiguos y la costumbre de particularizar cada Abadía sea posterior?, pues éstos de la Cogolla son del siglo XVII y los que conocemos de los demás Monasterios Benedictinos son del siglo XVIII.

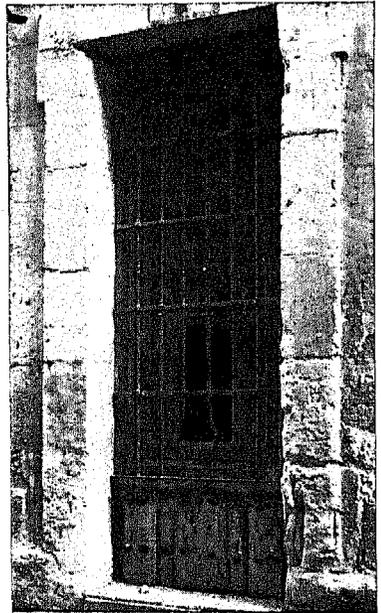
(10) Se desprende de los *Diarios* que Don Melchor Gaspar es gran madrugador. Este día se levanta a las 4, se afeita y se arregla; para las 6 a caballo. Casi todos los días, lo primero que consigna es el arreglo de la barba. Así parece tan pulcro y atildado en los retratos que en estos años le pintó Goya.



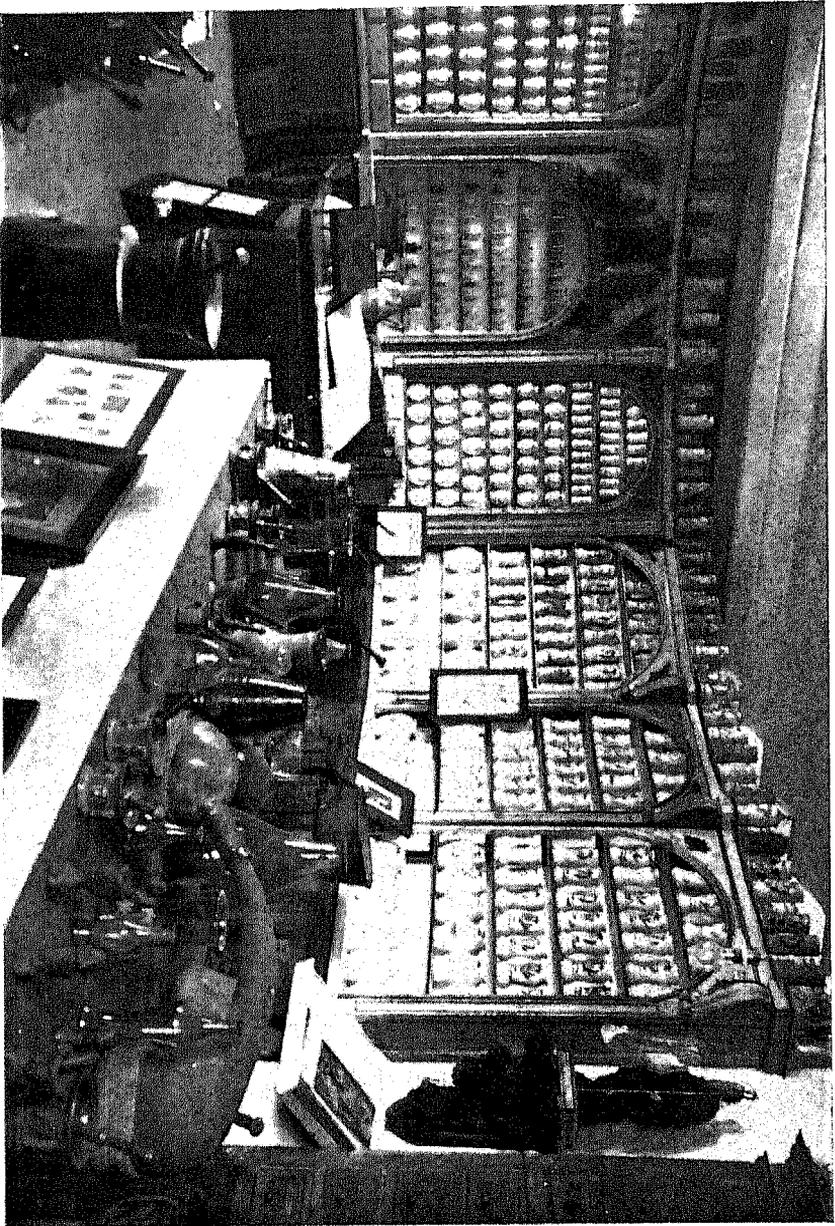
San Millán de la Cogolla
La Botica, en la ventana baja
a la derecha



Nájera.—El palacio Abacial: en los bajos
estuvo la Botica; hoy se halla el Juzgado,
y en el bajo, la Cárcel



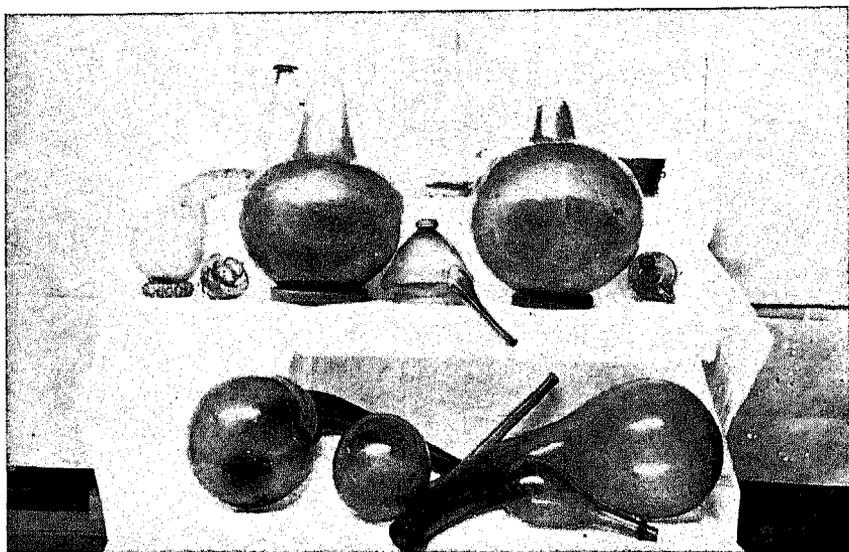
El ventanillo para despacho al
pueblo, en Nájera



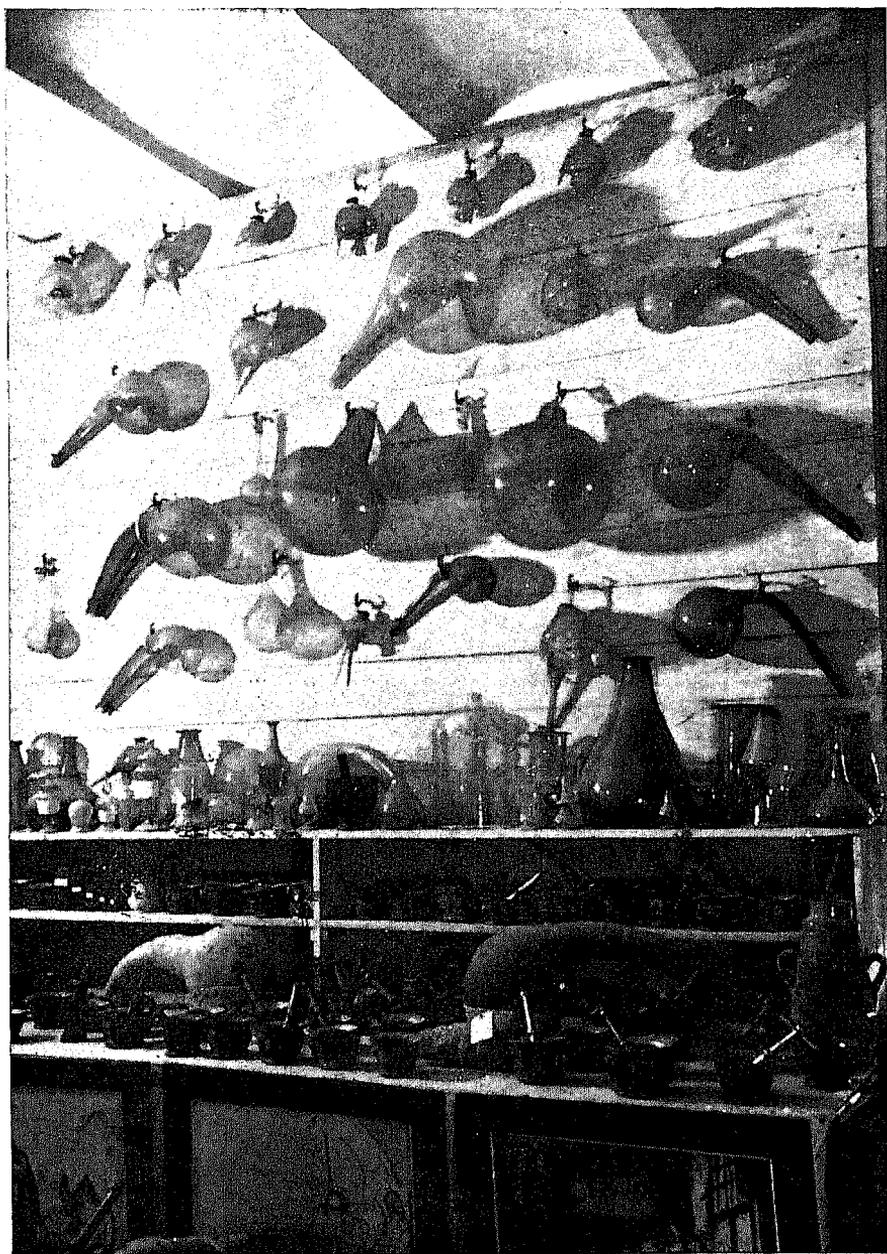
Botica del Monasterio de Santa Maria la Real de Nájera, en Masnou (Barcelona)



San Millán de la Cogolla Al fondo (izquierda), el antiguo Jardín Botánico de la Botica y el Viborero



Utensilios de la Botica del Monasterio de Nájera
Museo Cusi. Masnou (Barcelona)



Utensilios de laboratorio pertenecientes a la Farmacia del Monasterio de Santa María la Real, Nájera (Logroño), España (siglo XVIII), actualmente en el Museo de L. N. E., S. A.

Y vamos a seguir con don Melchor y pasemos al Jardín Botánico, del que nos dice:

«muy bien provisto de hierbas y plantas y algunos árboles; tiene dos acacias, saúcos de Babilonia, chopos de Normandía, Carolina; un bello abedul, tres especies de laurel: el común, el imperial y uno de especie media; un pequeño invernáculo para las plantas delicadas y exóticas y un buen herbario bien provisto».

Es una pena no saber el nombre del monje boticario que cuidaba todas estas instalaciones; sólo sabemos, y sin seguridad, que se llamaba Fray Millán, pues al despedirse Jovellanos dice un vago

«el P. Boticario, que creo que se llamaba Fray Millán».

Después ve el estanque de las sanguijuelas y dice:

«En el agua corriente un estanque para sanguijuelas, surtido de la corriente por medio de una boca con su rallo muy espeso».

Vemos cómo los monjes cuidan las sanguijuelas para sus sangrías, a pesar de las campañas resonantes en contra de su uso del P. Feijóo.

Pero lo que más llama la atención a Jovellanos es el viborero.

«Lo más singular es el viborero; contra una pared al Mediodía, hay un cerrado pequeño, como de vara y media de alto, bien lanilladas las paredes interiores; en el fondo, piedra, cascotes y las hierbas que nacen allí de suyo; aquí están las víboras, aquí procrean; pero, sin embargo, se reemplazan todos los años con las que vienen a vender para proveer el mercado».

¡Con qué cuidado se ve al monje reponiendo las víboras para asegurar la eficacia de los medicamentos que prepararía, en especial la triaca!

Que la triaca extremada
tiene ponzoña cruel
que de víboras se saca,

dice Lope de Vega (11).

Sabido es la importancia que tuvo dicho medicamento. Una leyenda asegura que su fórmula grabada en bronce, estaba en el templo de Asclepios en Epidauro. Su origen, como ya se

(11) *Flores de Don Juan.*

sabe, fue debido al constante temor de monarcas y señores de ser envenenados, pues su primer empleo fue como antídoto de los venenos. Ha figurado en las Farmacopeas hasta el siglo actual, es decir hasta el mismo siglo de los antibióticos.

Y vamos a despedirnos de Jovellanos, que ha sido tan buen guía, pues ese mismo día se marcha; el P. Boticario le obsequia

«con unas cebollas de una especie de lirio y algunas semillas, y aun un rosalito enano».

Con tiempo tormentoso se dirige a Santo Domingo de la Calzada, pasando por Berceo y Cañas —cuna de Santo Domingo de Silos—.

Cuando el año 1835 son expulsados los monjes, queda al frente de la Botica Fray Gabino Barrio. El necrologio del Monasterio dice:

«Razón de los Monjes y Religiosos del Monast.^o de San Millán de la Cogolla que han muerto desp.^s de nuestra tercera desgraciadísima exclaustación por haber extinguido el Gobierno español a todos los Regulares».

Está escrito por el monje que quedó de Párroco en el pueblo de San Millán, y precisamente en el último apuntado, que hace el décimo, consigna:

«El P. Fray Gabino Barrio, del Arzobispado de Burgos, murió en su habitación de la Botica el día 24 de marzo de 1840, a las 4 de la tarde, habiendo recibido todos los Sacramentos. Había nacido el 11 de febrero de 1779».

Nótese que dice en *su* habitación de la Botica, lo que nos demuestra que era el boticario; de lo contrario diría en *la* habitación.

Al morir Fray Gabino se pone al frente de la Botica D. Blas Lerena Briones, que siguió ejerciendo en el mismo local del Monasterio, hasta que se hace cargo el Gobierno de los edificios de la Abadía, trasladando la Botica a una casa del pueblo. Le sucede D. Pedro Urbina, y a éste D. Jesús Lasanta, que es el actual poseedor de los restos de la Botica y el que nos ha proporcionado el diseño para el dibujo que publicamos.

Aparte de estos datos de interés farmacéutico, hemos visto en el *Cartulario de San Millán de la Cogolla* (12) una noticia que puede tener interés en Medicina y Cirugía militar. El P. Lu-

(12) *Cartulario de San Millán de la Cogolla*. Luciano Serrano, O.S.B., Abad de Silos. Madrid, 1930.

ciano Serrano dice que es el primer caso de médico de campaña que conoce:

«En Burgos, Alfonso VIII fecha el día 25 de julio de 1192 un documento en virtud del cual concede al Cirujano Diego de Villar y a su mujer Anderazo, toda la propiedad realenga de Villar de la Torre, con facultad de enajenarla sin traba alguna; este cirujano había seguido al Rey en su incursión de tierras aragonesas del año anterior, con cargo de cuidar y hospitalizar los heridos; después obtuvo el cargo de Cirujano de la Corte Castellana, expedido en Vitoria el 9 de agosto de 1209, en el que premió largamente los servicios del «maestro Diego».

«En Burgos, en 6 de enero de 1218, Fernando III el Santo confirma la donación de Alfonso VIII a Diego de Villar, declarando su satisfacción por el modo de cumplir su cargo de médico suyo y de su madre Doña Berenguela. Años después vendió su hacienda de Villar de Torre al Monasterio de San Millán en 500 maravedises».

Actualmente existen en la Biblioteca del Monasterio los siguiente libros, procedentes de la antigua Botica:

Sylva medica opulentissima. Georgi Walteri. Budinae, 1679.

Fulmine contra de medici putati tñ rationali. Francisco dalla Donne. Verona, MDCII.

Lexico farmaceutico chimico. Battista Capello. Venezia, MDCCXL.

Fructus medicinae ex variis galeni locis aecerpti. Joanne Carolo Amato. Genevae, MDCLVI.

De curandis vulneribus scloppetorum. Leonardo Botallo. Lugduni, MDLX.

Collectorium medicinae Bertrucii Bononiensis. Lugduni, MCCCCCIX.

Flores Avicenne. Claudio Davostrast. Lugdoni, MDVIII.

De compositione medicamentorum. Bernardo Desseño (13).

Debemos la orientación para este trabajo de San Millán al bibliotecario del Monasterio, Fr. Joaquín Peña de San José.

(13) Esta obra está sin portada, o sea sin lugar ni año. De ella existen tres ediciones: Francofurti, 1555; Lugduni, 1556; Colonia, 1573. En el Monasterio de Silos existe la edición de Lugduni.

